

1602

Salieron así las cartas del y asimismo así salieron cartas de  
 Salamanca, 8 diciembre 1935. Envío la postal así como  
 una respuesta una lupa óptica que sacó anteriormente un amigo  
 suyo a quien alentaba mi amistad con su apodo que le daban  
 en sus amistades que es el lobo los amigos. La lupa amiga que iba  
 siendo así mi... Mi querida Gabriela: todo llega en este mundo; incluso el que yo  
 pude dedicar esta tarde de domingo, enterita, a escribirte a U., a escribir  
 a máquina, de modo que pueda entender mi carta. (Antes de seguir adelan-  
 te: como vuelva usted a echarme en cara que no hay modo de entender, mejor  
 dicho, de descifrar mis cartas, no sé lo que le hago. Porque, para jeroglifi-  
 co verdadero, !hay que ver su carta desde Lisboa, a lápiz, y con una letra  
 tan oscura que sea imposible ordenar las carillas escritas, que en mi vida he sudado  
 más para destripar un escrito, ni siquiera cuando he tenido que examinar  
 me de Paleografía!) Tampoco yo he estado con ganas, y aun con necesidad de escribir  
 a U., aun antes de que su carta me llegase. Pero no sabía a dónde dirigir-  
 me, ni si podía encargar al consulado de Madrid la tarea de reexpedir  
 mis renglones a donde la encontrasen a U. Ganas de escribirle, por muchas  
 cosas. Se me quedó dentro, con todos sus detalles, nuestra última entrevista. Al separarme de U., que me despidió desde el umbral del salonecillo de  
 "Viene Capellanes" como desde la puerta de su casa, tuve que luchar con mi  
 emoción y con el impulso de volverme atrás y decirle: "Yo no me despido a  
 ti, Gabriela. ¡Venga un abrazo!". Creo que sí, que la hubiera abrazado  
 como a una mujer de mi familia. Y la de cosas a que fui dando vueltas en  
 mi pensamiento -y en mi sentimiento-, en el taxi que me llevaba a casa!

Y luego, la venida aquí, dispuesta a dejar Salamanca, y a Don Mi-  
 guel, y a mi hijo y a la que le está haciendo de madre. Me encontré con que  
 todas las promesas de trabajo que he habido hecho se habían esfumado. Y  
 Madrid, a mi espalda, era un gran vacío, sin nada seguro, como no fuera la  
 imposibilidad de haber allí nada de provecho. De todas maneras, hablé con  
 D. Miguel, diciéndole mi propósito de volverme a Madrid, sin ocultarle lo  
 que de mi regreso a Madrid y posibilidad de trabajo para mí allí pensaba,  
 pero mostrándole mi decisión de no ser obstáculo para que volviera a en-  
 trar en su casa ninguno de sus hijos. Me respondió él que yo podía hacer  
 lo que quisiera; pero que su hija había sufrido de tal suerte las cosas  
 entre todos, que aunque yo me marchase de esta casa, ella no volvería a po-  
 ner los pies aquí -o sería el propio D. Miguel quien se fuese de casa. El,  
 por lo demás, creía que yo no debía separarme de mi hijo ni de Felisa (su  
 otra hija).

Y así las cosas, aquel mismo día me ofrecieron una clase -tres  
 horas diarias de explicar geografía e historia, por sesenta duros al mes-  
 en una academia particular. !Y tan "particular"! Una verdadera cárcel de  
 muchachos, hedionda, rejugnante, y, claro está, dirigida, explotada por curas  
 oficiales y militares seglarizados, industriales (?) de la enseñanza. El sueldo era po-  
 co; la faena, nada leve, y nueva para mí, que tendría que empezar por estu-  
 diar materias de que no poseo sino conocimientos corrientes. El ambiente  
 del colegio, que conocía por referencias, no me hacía ninguna gracia. Un día  
 se me dio de plazo -mejor dicho, unas horas- para aceptar o rechazar la o-  
 ferta. Felisa, mi cuñada, me instaba a que dejase a un lado lo sentimental,  
 pensando ante todo en mi propia conveniencia. Después de una lucha espan-  
 tosa consigo mismo, dije a D. Miguel que, definitivamente, me volvía a Madrid.  
 Tuvimos una escena tremenda. El hombre se quejaba de que queríamos dejarle  
 completamente solo. Me ofrecía una serie de soluciones: que me casase inme-  
 diatamente con su hija; que le aceptase a él dinero para quedarme en Salá-  
 manca a preparar aquí mis oposiciones... Acabó encálerizándose y amenazan-  
 do con recluirse en su cuarto para todo lo que quedase de vida, sin salir  
 solo para nada... como no fuese para escaparse de casa con mi hijo. El  
 me necesitaba y, por otra parte, tenía deberes morales para conmigo. Al fin  
 sentí pena de él más que de mí mismo. Y me quedé en Salamanca, aceptando lo  
 de la Academia y con la promesa, por parte de la familia, que se me permi-  
 tiría contribuir todos los meses a los gastos de la casa en la medida de  
 mis fuerzas.

**[Carta] 1935 dic. 8, Salamanca, [España] [a] Gabriela Mistral  
 [manuscrito] José María Quiroga Plá.**

**AUTORÍA**

Autor secundario:Mistral, Gabriela, 1889-1957

**FORMATO**

Manuscrito

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

[Carta] 1935 dic. 8, Salamanca, [España] [a] Gabriela Mistral [manuscrito] José María Quiroga Plá. [5] p. ; 28 cm.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)